

PALABRAS PRELIMINARES

Ningún encargo podría satisfacerme más que éste que me hace el consejo de redacción de esta prestigiosa revista. Poder escribir unas líneas y estampar mi firma en el número que *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección de Hebreo* dedica, a modo de homenaje y reconocimiento, a Ángel Sáenz-Badillos significa muchísimo para mí, ya sea en el terreno personal o en el universitario, dos aspectos que, a decir verdad, no pueden dissociarse en este caso. Ciertamente, desde que lo conocí, Ángel me impactó por su grandísima talla humana e intelectual, pero también por ser capaz de seguir alimentando esta última a pesar de la gestión universitaria a la que le condujo su firme compromiso democrático, en especial durante los cuatro años en que desempeñó el cargo de decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada.

La nostalgia de aquellos lejanos tiempos ¿no se ha tornado en frustración para quienes ahora, sin que medie ninguna influencia jorgemanriqueña sobre la bondad del pasado, dudamos de que la ilusión que entonces compartimos por una nueva universidad haya llegado a realizarse? Esa duda me surge sobre todo en mis reencuentros con Ángel. Cuando así ocurre, muchas menos veces de lo que quisiera, ese recuerdo agridulce pierde la primera parte de su sabor al apreciar que él no sólo no ha cambiado aquellos ideales sino que ha mejorado y ampliado más si cabe su compromiso social y solidario. También porque mantiene la misma sencillez de siempre en todas sus manifestaciones, y de manera muy particular en el cultivo de una amistad que no se olvida de regar y abonar —él que es un enamorado de la jardinería— aunque sea con visitas de pocos minutos.

Lo que sí creo firmemente es que la Universidad de Granada le debe mucho al profesor Sáenz-Badillos. Los trece años (1975-1988) que estuvo en ella podrían haber sido muchos más de no haber mediado el error tan frecuente de anteponer la cantidad a la calidad. También en este sentido puedo hablar en primera persona porque fui testigo de los desvelos de Ángel para que el departamento o el área de Filología Hebrea —no recuerdo si se había formado ya el departamento de Estudios Semíticos— pudiera compensar la irreparable pérdida de Santiago Benavente, la entrañable amiga que nos dejó demasiado pronto. Si Ángel hubiera permanecido en Granada, su casi cinco veces centenaria universidad habría exprimido más de cerca el magisterio que nunca dejó de ejercer en una escuela de brillantes hebraístas (determinense sobre todo con el artículo femenino) y se habría beneficiado por añadidura de su enorme prestigio internacional. Eso que perdimos. Este homenaje, que la Editorial Universidad de Granada difunde con orgullo a través de *Miscelánea*, podrá compensar la deuda así contraída si sirve de recordatorio de la misma e incita a procurar otros reconocimientos de altos vuelos. Ángel Sáenz-Badillos no debe seguir estando ligado a Granada sólo por ataduras catastrales, con todo lo que eso dice de su apego a nuestra tierra. Más pronto que tarde, en el futuro su nombre y su trayectoria deberán estar unidos también a esta universidad por razones de honor académico.

Rafael G. PEINADO SANTAELLA
Catedrático de Historia Medieval
Director de la Editorial Universidad de Granada